Zeitschrift: Hispanica Helvetica

Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos

Band: 22 (2011)

Artikel: La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media : análisis del discurso y léxico

Autor: Béguelin-Argimón, Victoria

Kapitel: Dar testimonio

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840898

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 22.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

> *E tan grande era el frío que era una grand maravilla*, que los omnes e las vestias no lo podían sofrir. E desque en la ciudat fueron, demandaron de aquel viento, e dixieron que en una sierra que encima de la ciudat estava, avía una fuente, e que cuando alguna animalia o cosa suzia, que en ella caía, *que ventava tan rezio aquel viento que era maravilla*; e que no cesava fasta que limpiavan aquella fuente. (ET: 329)

> E aunque quisieron folgar, no les dexavan: e comoquier que fuese de noche, *la calentura era tan grande que era maravilla*; (ET: 225)

Para concluir, observaremos que si el término *maravilla* caracteriza situaciones o hechos extraños al mundo del relator y de la sociedad receptora, también puede funcionar de modo simplemente hiperbólico, casi como equivalente a un superlativo. Con este valor aparece cuando se dice del río Biamo que «va muy rezio, a maravilla» (ET: 239); de la jirafa que «cuando quería enfestar el pescueço, alçávalo tanto e tan alto, que era maravilla» (ET: 197); de Constantinopla que es «muy notablemente murada á grant maravilla» (AV: 179) o de los habitantes de Brujas que son «gente muy industriosa á maravilla» (AV: 252).

9. Dar testimonio

Huelga insistir en la importancia de la experiencia vivida en nuestros textos: los viajeros se presentan desde el principio de sus relatos como actores de los hechos que narran y como testigos de las realidades que describen con el objeto de otorgar a su discurso el sello de la veracidad. Así lo hace incluso Gómez de Santisteban en el imaginario viaje del *Libro del infante don Pedro* –como ocurría ya en el anónimo *Libro del Conosçimiento* o con Mandevilla en su *Libro de las cosas maravillosas*– pues el relator aprovecha este recurso discursivo para que lo contado se tenga por verdadero. Tres son las pruebas principales que avalan la veracidad del discurso:

1. haber vivido lo que se cuenta;
2. haberlo visto;
3. haberlo oído.

Lógicamente, la experiencia visual y la auditiva están englobadas en la primera, pero las particularidades de cada una de ellas nos llevarán a tratarlas por separado. Nos ocuparemos en el siguiente apartado del modo en que los viajeros se hacen dignos de crédito por las experiencias que aseguran haber vivido y por la insistencia en el hecho de haber sido testigos oculares de lo que cuentan. En el apartado 9.2. («Dar fe de lo oído: integrar las voces que cuentan el mundo»), nos interesaremos por lo que los viajeros-relatores oyeron durante su periplo. Rastrearemos entonces tanto la actitud de los viajeros-relatores frente a la información recibida de oídas como la identidad de los que se esconden bajo la fórmula –recurrente en los libros de viajes– del *diz / dizen*. Veremos que estas voces contribuyen de manera esencial a forjar el discurso sobre el mundo que transmiten nuestros viajeros.

9.1. Dar fe de lo vivido y lo visto

9.1.1. Lo vivido

Guéret-Laferté (1994: 178-187) analiza los recursos de los que se valen los relatores que llegaron al Imperio Mongol en los siglos XIII y XIV para aparecer como testigos dignos de fe, entre los que destacan las referencias explícitas a la experiencia vivida. Con el objeto de ilustrar las principales modalidades con las que los viajeros pueden demostrar haber vivido determinada situación, nos basaremos en la clasificación que propone esta autora.

1. El viajero-relator puede presentarse como testigo puntual, introduciendo un comentario en el texto en forma de inciso para garantizar personalmente la veracidad de la información. Se trata, sobre todo, de alusiones al hecho de haber visto: efectivamente, el sentido de la vista –como observaremos un poco más adelante con detalle– constituye el recurso con fuerza probatoria por excelencia. Sin embargo, otras experiencias sensoriales también dan fe del contacto directo con las realidades geográficas descritas y funcionan como garantes de veracidad. Así, el Marqués de Tarifa afirma que cerca de Belén hay un pozo cuya agua «[e]s bien duce y yo la beuí» (VJ: 248); en los

alrededores de Jerusalén recalca que en el Lavatorio de Siloé «el agua es gruessa, que yo la proué» (VJ: 247) o menciona «vna fuente de agua muy duce (*sic*), poco honda, porque yo la beuí» (VJ: 247). Del mismo modo, Tafur asegura del agua del Nilo que «es la mejor que yo fallé» y añade que «bien paresçe agua de Parayso. En el tiempo que yo allí estuve jamás non beví sinó desta agua, pudiendo bever buen vino» (AV: 75).

2. La simple presencia del relator en un lugar y momento precisos puede bastar como prueba para autentificar lo que se cuenta. Tafur, por ejemplo, afirma haber vivido las crecidas del Nilo, que ocurrieron «al tiempo que yo estava allí» (AV: 73). De Venecia, el Marqués de Tarifa dice que:

> *Quando yo estuue allá*, que fue el año de mill e quinientos e veynte, proveýa la Señoría quinientos oficios cada año; castigan mucho los delitos, que a vn clérigo de missa, *estando yo allí*, porque dixo muchas blasfemias, lo lleuaron açotando públicamente a pie, *lo qual yo vi*, (VJ: 207)

3. El viajero-relator no se presenta como simple testigo puntual o presencial sino que puede aparecer como actor implicado en los hechos que relata. Este procedimiento tiene la ventaja de ofrecer la información de una manera viva y no sólo descriptiva, avalándola, al otorgar el papel de protagonistas a los viajeros (Guéret-Laferté 1994: 180). Éstos pueden dar fe de los rigores del clima porque los han sufrido en carnes propias: Tafur cuenta que se le caen los dientes en Alemania a causa del frío (AV: 280) y, durante el trayecto hasta Samarcanda, muere por el calor uno de los halcones gerifaltes que los embajadores transportan como presente para Tamorlán (ET: 219). Más tarde, las penalidades del viaje –en buena medida relacionadas implícitamente con la geografía de las tierras recorridas– acaban con la vida de uno de los miembros de la comitiva (ET: 227). El cansancio de los embajadores por la distancia que tuvieron que recorrer desde la entrada de Cermis hasta su posada confirma la magnitud de la ciudad (ET: 242). Los ejemplos podrían multiplicarse.

4. Las «pruebas materiales» otorgan también credibilidad al discurso (Guéret-Laferté 1994: 186). Tafur, por ejemplo, alude en distintas

ocasiones al hecho de poseer pruebas –en muchos casos presentes de grandes señores– que atestiguan sus andanzas. Del rey de Chipre dice que:

> me dió su devisa que oy tengo, é me dió diez piezas de chamelote é lienços delgados, é un leon pardo, é tantas vituallas para yr fasta Ródas, que bastaran para un año. (AV: 121)

Cuando describe el intenso tráfico de esclavos en Cafa afirma que «allí compré yo dos esclavas é un esclavo, los quales oy tengo en Córdova é generacion dellos» (AV: 162). El prestigio de la escritura en la Edad Media lleva a Tafur a asegurar que Nicoló di Conti no sólo le proporciona información oralmente sino que posee pruebas escritas ya que éste «muchas cosas [le] dió por escripto de su mano» (AV: 99).

5. Presentar al viajero como «héroe», mostrando el respeto del que es objeto o el papel importante que ha podido desempeñar en determinadas ocasiones, le acredita y hace más creíbles sus palabras (Guéret-Laferté 1994: 202-203). El trato con personajes influyentes permite al viajero recurrir a nombres que avalan su palabra, necesidad que sienten en particular aquellos que emprenden su periplo sin ninguna misión oficial o espiritual que justifique su viaje. Es el caso de Pero Tafur, viajero laico que se pone en camino por voluntad propia y que privilegia en su relato los encuentros con los más importantes personajes de su tiempo –del Emperador de Constantinopla al Papa, pasando por el Sultán de El Cairo o el Gran Turco Amenoides II–, recurso que, implícitamente, legitima su discurso sobre el mundo. Los embajadores, en cambio, cuyo viaje y cuyo texto son encargos del rey Enrique III, no precisan de este tipo de «habilitación» personal por lo que la descripción del mundo puede ocupar, sin más, el primer plano de su relato. Aun cuando también se perciba en la *Embajada* la acogida privilegiada de la que los viajeros fueron objeto por parte del Emperador de Constantinopla, este hecho aparece velado y, en su lugar, se despliega la descripción de la ciudad y sus monumentos; ni tan sólo la detalladísima relación de los honores que reciben en Samarcanda eclipsa en ningún momento el cuidado y vívido fresco que

ofrecen sobre la ciudad, sus alrededores, los palacios y campamentos del emperador así como sobre la organización de su corte y sus tierras. Algo parecido ocurre en el *Viaje a Jerusalén*, relato en el que las alusiones a los honores que debió de recibir el marqués durante su viaje a causa de su rango se dejan de lado en favor de la descripción del mundo recorrido. Tanto el estatuto de embajador como el de peregrino funcionan como credenciales de la verdad del texto.

9.1.2. Lo visto

No cabe la menor duda de que, entre todos los recursos que otorgan veracidad a lo contado, sobresale el haber sido testigo ocular de los hechos. La percepción visual, vinculada a la actividad del viajero y a su presencia en los lugares que describe, autentifica su discurso: «la perception ordinaire d'événements et d'objets se conforme à un principe de véridicité, voulant que 'si un sujet voit X, alors X'» (Mondada 1994: 322). Por eso será tan importante insistir en el hecho de «haber visto» en el caso de viajes ficticios, como el *Libro del infante don Pedro*. Gómez de Santisteban –después de transcribir la misiva que el Preste Juan manda al rey de Castilla y en la que se describen sus tierras y la organización de éstas– explicita que los viajeros han sido testigos tanto oculares como auditivos de lo que se ha contado: «y confirmo las agora como nosotros las vimos & oymos. & después oymos & vimos estas cosas» (DP: 54).

Criterio por excelencia de veracidad, la visión confiere fuerza persuasiva a los textos: «on doit croire celui qui a vu; le récit de voyage en fait un principe d'écriture et un argument de persuasion à l'intention du destinataire: le «j'ai vu» est comme un opérateur de croyance» (Hartog 1980: 275).

Importa señalar la novedad que supone esta actitud en el siglo XV: en la Alta Edad Media, cuando el conocimiento se transmitía oralmente, el oído era de importancia capital. La vista y la observación como fuente de conocimiento no empiezan a imponerse hasta el siglo XIV cuando, poco a poco, se va concediendo superioridad a lo visto sobre lo oído (Zumthor 1993: 307) en una progresión que acabará considerando la experiencia empírica como única fuente posible

de conocimiento[203]. Marco Polo, sensible ya a este cambio, promete transparencia a su público sobre la procedencia de su información:

> En este libro entiendo dar a conocer cosas grandes e maravillosas del mundo. Especialmente de las partes de Armenia e Persia e India e Tartaria. E de muchas otras provincias las cuales se contarán en esta obra como las vi yo, Marco Polo, noble cibdadino veneciano. E aquello que no vide, uve por relación de hombres sabios y dignos de fe. Pero lo que vide cuento como de vista, e lo que supe por otros, como de oída, porque toda la narración sea fiel e verdadera; ca mi intención es no escrevir cosa que no sea muy cierta. (Marco Polo 2002: 27)

Los viajeros insisten en que cuentan lo que ven. Después de describir la ciudad de Gaeta y sus alrededores, el relator de la *Embajada* concluye:

> E todo esto paresce desde la ciudat, que es tan plazentero de ver que es una maraviella. Todo lo fueron ver los dichos embaxadores mientra que aquí estuvieron. (ET: 88)

En Tafur abundan los usos de los verbos *ver* y *mirar* para describir su actividad como viajero. Esperando poder embarcar hacia Jerusalén, por ejemplo, sus amistades venecianas le aconsejan que «en tanto, fuese á *ver* á Italia, que era singular cosa de *ver*» (AV: 21) y añade: «[é] fuí por Italia *mirando* muchas çibdades é villas, é lugares, é fortalezas fasta la quaresma, que vine á tenerla en Roma» (AV: 21).

Mediante la experiencia visual, los viajeros-relatores ratificarán el saber recibido a través de la tradición o de los libros. En el *Libro del infante don Pedro*, Gómez de Santisteban precisa que viajaron a Judea: «a ver si es tal & tan grande como dezian en poniente» (DP: 1) y, al final del relato:

---

[203] A principios del siglo XVI, Hernán Cortés desecha la información obtenida de oídas y escribe: «y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve, mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca y por ser esta región tan cálida, no nos afirmamos que es nieve» (Hernán Cortés *apud* Martínez Crespo 1989: 426).

> & dixo don Pedro que pues sabia su señoria del preste juan como era vassallo del rey leon de españa & fue mi voluntad de ver & passar todas las partidas del mundo *por ver si era su señorio tan grande como dezian*: que fuesse su merced de le hazer socorro para [se] boluer en poniente. (DP: 49-50)

Tal es la importancia de la visión que, en algunos casos, –como ya señalábamos en el apartado 8.5. «Transmitir el mundo extraño», «Expresar la admiración»– los relatores subrayan que solamente la percepción visual permite emitir un juicio válido sobre el mundo recorrido, como en Venecia –«la más hermosa poblaçón que ay en la christiandad, porque si no se vee, no se puede jusgar» (VJ: 207)– o en Samarcanda cuyo campamento «se no podría contar en escripto, salvo sino se viese con los ojos» (ET: 301).

Los viajeros transmiten asimismo información de la que no han podido ser testigos presenciales ya porque se trata de hechos acaecidos en el pasado, ya porque se refiere a tierras a las que los viajeros no llegaron. La distinción que establecen los relatores entre lo que vieron y lo que no vieron supone una garantía de objetividad suplementaria y refuerza la impresión de veracidad de todo lo contado:

> yo uve buena informaçion de la çibdat de Damasco, *pero pues non la vi*, déxolo para quien la vido. (AV: 66)

> Tiene muchos monesterios, entre los quales está vno de Sant Benito de obseruantes que se dize de Santa Justina, adonde está su cuerpo y los cuerpos de San Matía Apóstol y Sant Lucas Euangelista y otros siete cuerpos de santos y tres ynoçentes, según dizen, que *yo no lo vi*. (VJ: 201-202)

Sin embargo, no hay que olvidar que el «yo no lo vi» aparece también en los libros de viajes imaginarios, lo que revela que esta fórmula funciona, sobre todo, como un recurso discursivo de persuasión equivalente a decir que todo el resto de lo que se cuenta sí se ha visto[204]. Bien sabemos que los viajeros pueden introducir información

[204] En el *Libro del Conosçimiento*, por ejemplo, el relator se refiere a las gentes sin cuello que habitan Noruega, diciendo: «yo non las vy» (1999: 159).

que sólo consiguen por vía oral –sin mencionarlo– o que poseen de antemano porque pertenece a su bagaje cultural.

A veces los viajeros-relatores contraponen claramente el «haber visto» y el «haber oído»:

> Ay en esta rivera unas bestias que se crian dentro del agua, que llaman cocatriz, [sigue una descripción del cocodrilo]. Déstas vi muchas yo por esta rivera. *Dízen muchos, –yo non lo vi,–* que en esta mesma rivera se crian otras bestias, que son cavallos ni más ni ménos, salvo que lo de la boca tienen tan ancho como lo de la frente, (AV: 74-75)

Frente a lo visto, lo oído aparece como menos fiable y cuando las noticias son recogidas oralmente se tienen por menos seguras: «en todo este tiempo no pudieron aver nuebas que ciertas fuesen, salvo tanto que contavan algunos que [...]» (ET: 97). Y lo oído puede llegar incluso a ponerse francamente en entredicho y hasta a desecharse. Conscientes de transmitir información de tercera mano, los embajadores confiesan: «[e] estas nuebas contaban por oídas, por lo cual los dichos embaxadores las no ovieron por ciertas» (ET: 97).

No haber sido testigo ocular se suele sentir como una limitación, por lo que hay que aportar argumentos suplementarios para avalar lo que se cuenta. En una ocasión, por ejemplo, después de relatar la historia y la captura de un monstruo marino, Tafur advierte: «[e]sto yo non lo vi, pero dicho me fué é que avía poco que avía acaesçido» (AV: 194). Con la proximidad temporal se compensa el inconveniente que representa la falta de experiencia directa.

La vista desempeña, pues, un papel fundamental en nuestros relatos tanto más cuanto que se trata del órgano por excelencia para la aprehensión de la geografía. Sin embargo, nuestro corpus presenta asimismo gran cantidad de información que los viajeros-relatores recabaron de oídas y que insertan en el texto mediante distintos recursos, como veremos en las siguientes páginas.

9.2. DAR FE DE LO OÍDO: INTEGRAR LAS VOCES QUE CUENTAN EL MUNDO

Ya hemos mencionado en más de una ocasión la «tentation totalisante» propia de los relatos de viajes de la que habla Gomez-Géraud (2000a: 26), esa voluntad enciclopédica y totalizadora que lleva al relator a incorporar un máximo de información en su discurso. Los datos pueden proceder de lo que los viajeros oyen al hilo de sus desplazamientos, de personas con las que éstos tropiezan durante su periplo o de fuentes librescas como las *imagines mundi*, las obras cartográficas, las Sagradas Escrituras, la hagiografía e incluso de otros libros de viajes, reales o imaginarios. En palabras de Antoine (2001: 5):

> S'il est une spécificité du genre viatique, elle réside sans doute dans son principe de composition. Montage de genres, de voix, de textes, le Voyage est comme prêt à accueillir l'ensemble des discours du monde

Efectivamente, los relatores recurren con frecuencia a voces ajenas para introducir noticias de todo tipo, especialmente geográficas. El discurso se nutre entonces de la *vox populi,* el rumor, las palabras de otros viajeros o las de los naturales, voces que aparecen continuamente entreveradas para describir el mundo. Y a todas ellas se añade el eco de los textos que constituyen el bagaje de conocimientos de los viajeros-relatores. Estas voces paralelas pueden ser integradas con carácter probatorio, aunque a veces también pueden ser cuestionadas o marginadas por los propios relatores. Suelen aportar datos inciertos sobre el lugar donde éstos se encuentran, constituyen una fuente de información acerca de espacios a los que los viajeros no llegan y suponen asimismo una privilegiada puerta de entrada de la materia maravillosa. En cualquier caso, esta práctica pone de manifiesto el carácter polifónico del relato de viajes.

Si la voz del viajero-relator domina el conjunto de nuestros textos –excepto en la interpolación de la carta del Preste Juan en el *Libro del infante don Pedro* o en la historia y la organización de la Orden de San Juan de Jerusalén en el *Viaje a Jerusalén*–, las demás voces discursivas que contribuyen a construir la imagen del mundo pueden proceder de:

1. informantes desconocidos o anónimos;
2. informantes precisos, tanto individuales como colectivos.

9.2.1. Informantes desconocidos o anónimos

Nuestros relatores dan fe una y otra vez de lo que han oído decir o de lo que les han contado en el camino, poniendo en boca de informantes anónimos las noticias recabadas. La forma verbal *diz* / *dizen* y sus variantes, seguida de una cita en estilo indirecto, introduce esta información y puede utilizarse con distintos objetivos:

1. La voz anónima puede, pura y simplemente, proporcionar datos factuales sobre las tierras recorridas y su inmediatez otorga verosimilitud y viveza al relato. Recordemos que así sabemos sobre las crecidas del río Biamo en la *Embajada*:

> E este verano pasado nos *dezían* que avía crescido mucho más que solía otros tiempos pasados crecer, ca creció tanto que llegó a una aldea que estava allende del río dos tercios de una legua, e entró por el aldea e derrocó muchas casas e fezo grand daño. (ET: 240)

2. El *dizen* permite también a los viajeros-relatores presentar noticias avaladas por una mayoría, pero sin asumir lo contado. Se trata de un recurso distanciador que el Marqués de Tarifa emplea con frecuencia y que encontramos repetidamente en su texto cuando alude a las reliquias de santos venerados en iglesias o monasterios: «[*d*]*izen* que está en vna yglesia el cuerpo de Sant Cleofás» (VJ: 178). La prudencia del noble sevillano frente a las creencias religiosas populares se redobla cuando observa en varias ocasiones la presencia de idénticas reliquias o cuerpos en parajes distintos: «[e]l cuerpo está aquí [Arles] de San Antón de Arles, *otros dizen* que está en Viana en El Dolfinadgo; no muestran aquí sino la cabeça» (VJ: 179). Y, durante su recorrido por Tierra Santa, el peregrino da prueba de cautela, modalizando su discurso mediante el *dizen* en las referencias a la ubicación de algunos lugares santos: «[y]endo por esta sepultura cerca della subimos vna cuesta arriba y a mano derecha del camino vimos vnas paredes, ado *dizen* que Judas se ahorcó» (VJ: 241).

El sutil cuestionamiento del marqués frente a la información recibida se explica en parte por el contexto histórico en el que vive y

realiza su viaje. Por un lado, el relator manifiesta, como hombre del Renacimiento que ya es, un claro empirismo; por otro lado, la Reforma ha minado el camino de los que emprenden la peregrinación en el siglo XVI con sus críticas abiertas sobre la legitimidad y efectividad de esta práctica espiritual, lo que no puede dejar de marcar al viajero[205]. El discurso de don Fadrique contrasta en este sentido con el de Pero Tafur o el de Gómez de Santisteban, que mencionan los lugares a los que peregrinan sin que se atisbe ninguna duda sobre su vínculo con ciertos acontecimientos de la Historia Sagrada[206]:

> é aí cerça está el saúco de que se aforcó Júdas; (AV: 57); Despues fuemos al garrouo [a] donde se colgo Judas: (DP: 16)

La inserción de voces anónimas que ofrecen dos versiones distintas de un mismo hecho pone de manifiesto también la voluntad de precisión y objetividad que el Marqués de Tarifa desea imprimir en su discurso:

> Luego en la tarde entramos en el golfo de Setelías, que es adonde Sancta Elena echó el clauo de los de la Passión por vna grande tormenta en que

---

[205] En la primera parte de su documentada obra *Le Crépuscule du Grand Voyage*, Gomez-Géraud (1999: 61-191) expone el cambio de visión que se opera en la peregrinación a Jerusalén desde 1458 hasta 1612 debido a la Reforma.

[206] Sorprende que Tafur –tan inclinado a mostrarse crítico con lo que le cuentan y hasta escéptico en algunas ocasiones– no manifieste esta faceta de su personalidad en Tierra Santa. Sólo introduce un *dizen* distanciador en la referencia a la ubicación de las tumbas de Adán y Eva en el Valle de Hebrón (AV: 63) y otro en la referencia al monasterio de San Jorge, donde precisa la existencia de dos opiniones divergentes sobre la leyenda del santo: «[o]tro dia de mañana fuemos dos millas de aí al monesterio de Sant Jorge, donde *dizen* que fué enterrado su cuerpo, é aun *dizen* que allí mató al Dragon, aunque muchos son de opinion que lo mató en Barut, puerto de Damasco» (AV: 52). Esto confirma que las páginas que Tafur dedica a su estancia en Jerusalén –impregnadas por el discurso estereotipado del relato de peregrinación– son las más convencionales de su relato y aquellas en las que el viajero muestra menos implicación personal.

> se vio y *dizen* que lo causaua vna cabeça de metal que estaua allí encantada y por esta causa siempre en este golfo hazía tormenta, y los *otros dizen* que no lo echó sino que lo hincó en ella. (VJ: 218)

3. Otra función capital de la voz anónima consiste en incorporar en el texto información sobre horizontes que los viajeros no alcanzaron. Salvo en el imaginario *Libro del infante don Pedro*, ninguno de nuestros viajeros-relatores llega a las tierras de la India. No por eso el relato de los embajadores –al igual que el de Tafur– deja de integrar noticias sobre ellas: «[e] la tierra de la India e lo más d'ella es montaña e tierra muy fragosa, pero *diz* que es muy poblada de muchas ciudades grandes e de villas, e tierra muy rica» (ET: 287).

4. Al *dizen* se recurre asimismo para introducir digresiones de tipo histórico que ilustran lo acontecido en algún punto geográfico o leyendas que se relacionan con determinado lugar. Se trata en este caso de elementos narrativos insertos en los fragmentos descriptivos a modo de noticia complementaria o ilustrativa:

> E la razón que los monjes *dezían* por qué fallescía aquel dedo de allí, era esta: e *dizían* que en la ciudad de Antiochia, al tiempo que en ella avía idolatrías, que adoravan en una figura de tragón, (ET: 122)

Tafur construye a menudo su discurso sobre la ciudad, delegando la narración a voces anónimas que cuentan su historia, o que relatan leyendas y anécdotas relacionadas con ella. Así introduce la tradición sobre el ángel custodio de Roma en su descripción de la ciudad:

> Al un canto está un castillo fecho á mano de tierra echadiza, é creçido otero tan alto como una montaña, é ençima dél obrado de muy alto muro é muy valientes torres; este llaman el castillo de Santo Ángelo, que está sobre la puente del Tíberi, pasando á la yglesia de Sant Pedro, do es el asentamiento é posada de los Apóstoles. *Dizen* que fué una grant mortandat en Roma, que turó grant tiempo, é fué revelado al papa Gregorio, que fiziese una grant proçesion á una yglesia en cabo de la çibdat, que llaman Santa Ágata de la Suburra, [sigue la narración] (AV: 23)

5. Por último, el *dizen* es también la puerta por la que se filtra en el relato la materia maravillosa, aquel ingrediente característico de las

imagines mundi y de muchos de los libros de viajes anteriores. La imagen de las tierras lejanas, sobre todo orientales, se relacionaba con todos los prodigios, monstruos y maravillas descritos en esos textos y formaba parte del horizonte de expectativas de la sociedad receptora. Los viajeros-relatores necesitaban mostrar que, de un modo u otro, se habían preocupado por obtener noticias sobre aquel mundo fabuloso y en sus textos éste puede aparecer para ser autentificado, puesto en duda o negado. No debemos olvidar que en el Medioevo se reprochó al relato de Marco Polo el no dar cuenta de las maravillas orientales, mientras que el éxito del de Mandevilla radicó, justamente, en el hecho de integrarlas todas.

9.2.2. Informantes precisos

Otras veces los viajeros-relatores recurren a la fórmula «X *dize*», en la que X es un informante concreto –o un grupo de informantes concretos–, normalmente un nativo o, en su defecto, un buen conocedor del tema. Delegar la voz a un especialista para dar plena verosimilitud a las noticias introducidas constituye una estrategia frecuente en los textos descriptivos (Adam / Petitjean 1989: 27-28). Y el recurso a la voz de un autóctono es uno de los más abundantes –y de los más rentables– en nuestros textos, puesto que se da por sentado que esta persona habrá visto lo que cuenta, lo habrá experimentado o habrá sido testigo de un modo u otro de ello. Los informantes pueden, por ejemplo, residir en el lugar al que llegan los viajeros:

> Este dia sobimos ençima las Alpes á un hernita que llaman Sant Tocardo, bien veçina del çielo, é áun de allí paresçen otras alturas, que *los que estavan en la hermita dizen* que nunca avíen visto el cabo de éllas, por la niebla que lo ocupa; (AV: 231)

> E en medio d'esta montaña e al pie d'ella, fallaron un grand edificio del pueblo, que fuera desvaratado grand tiempo avía, e durava bien una legua. E *las gentes de aquella tierra dezían* que aquella fuera la primera puebla que en el mundo fuera fecha después del Dilubio, e que la fezo Noée e su generaçón. [...] E *dezían* que todo el año, así en ibierno como en verano, nunca se quitava aquella niebla de aquella montaña; (ET: 192)

Tanto en el pasaje de Pero Tafur como en el de Clavijo, los naturales proporcionan información factual, dando fe de la niebla que cubre permanentemente tanto las cimas alpinas como la del Monte Ararat. En la *Embajada*, además, los lugareños aportan datos sobre la ubicación de uno de los espacios sagrados más buscados en los desplazamientos de los viajeros por Oriente, la montaña donde se posó el Arca de Noé.

Otra posibilidad es que los informantes hayan vivido o hayan estado en el lugar al que se hace referencia. Los embajadores, por ejemplo, luego de describir el Monte Athos y las costumbres de los monjes, precisan que:

> E esto contaban algunos griegos que en la dicha nabe ivan e avían estado e vevido algún tiempo en aquel Monte Santo; e eso mesmo lo contavan el patrón e otros omes que avían estado allí. (ET: 111)

También puede suceder que los informantes sean gentes de tierras lejanas, con las que los viajeros tienen contacto en el transcurso del periplo y que les facilitan noticias sobre sus lugares de origen. El encuentro en Samarcanda de los embajadores castellanos con unos mercaderes procedentes del Catay abre la puerta a este espacio geográfico, cuna de muchos de los sorprendentes *mirabilia* orientales. Observemos que las maravillas que nos llegan a través de los comerciantes chinos se centran, sobre todo, en aspectos cuantitativos (extensión de las tierras, tamaño de la ciudad y población numerosa):

> E con los omnes que vinieron de Cabalet con estos gamellos, estudieron los dichos embaxadores; e *contavan* las maravillas del grand poderío de gentes e de tierras qu'el Señor del Catay avía; e señaladamente estovieron con un omne que *dezía* que estoviera seis meses en la ciudat de Cabalet, e *dezía* que era cerca del mar, e que podría ser *tan grande* como veinte vezes Turriz. [...] E *diz* qu'el Señor del Catay avía *tan grand gente*, que cuando juntava para ir en hueste fuera de su señorío, que quedavan con él en guarda cuatrocientos mil omnes a cavallo e más, que guardavan la tierra. E *dezían* más, que era costumbre del Señor del Catay que ningund omne no pudiese andar en cavallo, salvo el que oviese mil onmes suyos; e d'estos, que avía tantos, *que era maravilla*. E estas e *otras maravillas contavan* de aquella ciudat e de aquella tierra. E este Empe-

rador del Catay solía ser gentil e fue convertido a la fee de los cristianos. (ET: 316)

Si la información de este pasaje parece proceder en su totalidad de los viajeros chinos, hay que destacar la referencia al emperador de China y su conversión al cristianismo. Sutilmente integrada en un contexto de voces autorizadas, esta mención da cuerpo a la leyenda sobre la existencia de un soberano cristiano en Oriente y evoca, indirectamente, la figura del Preste Juan.

Destaca el caso particular en el que los informantes responden a preguntas precisas de los viajeros-relatores. Estas preguntas ponen de manifiesto la curiosidad de éstos por conocer y dar a conocer los más variados aspectos de las tierras lejanas. Así se informan los embajadores sobre la extracción de los rubíes:

> *E los dichos embaxadores estudieron con este Señor de Balaxa, e preguntáronle* cómo se fallavan los balaxaes; e *él dixo* que, cerca de la ciudat de Balaxia, avía una montaña onde los sacavan, e que de cada día cavavan e rompían una peña por los buscar. E cuando fallavan la vena d'ellas, que la sacavan e davan a los maestros que la savían sacar sotilmente, ca desque les davan la piedra onde él estava, quebrantavan poco a poco con escoplos fasta que dexavan en salvo lo más propio d'ello. E después, en muelas, adovávanlos. Que en sacar estos balaxes avía puesta grand guarda por el señor Tamurbeque. E esta ciudat de Balaxia es a diez jornadas de Samaricante, faza la India Menor. (ET: 303)

En *El Victorial*, Pero Niño captura a unos prisioneros durante el ataque a la isla de Jersey y les interroga sobre su tierra:

> E después mandó el capitán traer los prisioneros, e *preguntóles* el ardid de su tierra, qué gente avía en la ysla, e qué fortalezas, e quántos e quién las tenían, e que dónde avían nuevas que estavan los navíos de Ynglaterra, e que quántos navíos dezían que heran armados. (VIC: 447)

La respuesta proporciona una descripción de la isla, de su capacidad defensiva, demografía y organización, sobre todo militar:

> *Respondieron los prisioneros, esos que más dello sabían*, que en la ysla avía çinco castillos fuertes, muy bien fornezidos, e que los tenían cava-

> lleros de Ynglaterra. Otrosí que la gente de la ysla podrían ser quatro o çinco mill honbres. E que avía allí un capitán, que hera de Ynglaterra, que enbiara allí el rey para que los acavdellase, e que viniera con ellos allí aquella batalla, que non sabían si muriera allí. E que la otra gente, burgueses, e labradores, e pescadores, que tenían una villa, la mayor de la ysla, çercada de madera e buenas cavas llenas de agua, en que tenían sus algos, e mugeres, e fijos, e que allí se avrían recogido la mayor parte de la gente que de la batalla escaparon. Pero que tenían puesto e hordenado sienpre que quien a la villa les quisiese entrar, que ante avían todos de morir. *E ansí supo Pero Niño toda la fazienda de la ysla.* (VIC: 447)

En otra ocasión, en la misma obra, se recurre a la pregunta a un informante local; en este caso, Díaz de Games desea cerciorarse sobre la existencia de una de las maravillas de Inglaterra, las *vacares*, aquellas aves que, según la leyenda, nacen de los árboles. La naturaleza de tales seres, medio animales medio vegetales, plantea serias dudas al relator: «[e] yo oýa muchas vezes esta razón, e dubdava en ella. ¿Cómo podría ser que una natura se pudiese del todo convertir en otra?» (AV: 456). Su interrogante le empuja a buscar la ayuda de un hombre del lugar:

> Fallé un ynglés, un honbre muy entendido, e preguntéle muy afincadamente desta razón. E dixo que hera verdad que avía estas aves, mas que heran por esta manera [...] E que los comen, pero dizen que saben un poco al madero (VIC: 457)

Las precisiones que proporciona el inglés suponen una racionalización del fenómeno –las aves no nacen de los árboles sino que simplemente se crían en ellos– pero quedan, sin embargo, teñidas de misterio por la referencia al sabor a madera de estos animales.

En la *Embajada*, el encuentro con el nieto de Tamorlán –falsamente llamado Señor de la India Menor, dicen los embajadores– da pie a introducir una secuencia sobre la conquista de las tierras indias por el emperador mongol y a la descripción de éstas. Clavijo menciona aquí otro de los espacios orientales de interés para los cristianos, el sepulcro de Santo Tomás que, según la tradición, murió en la India después de haber evangelizado estas tierras. El relator alude a los milagros que acaecen en el lugar y, deseando comprobar la veracidad de los hechos, interroga a unos mercaderes indios:

> Lo cual fue preguntado a unos mercaderos de la dicha India que en Samaricante estavan, si era verdad esto de santo Tomé, e ellos respondieron que eran moros, e que no lo avían visto, mas que lo avían oído dezir muchas vezes. (ET: 288)

También las *Andanças e Viajes* recogen amplia información sobre la India. En este caso, Pero Tafur cede hábilmente la palabra a Nicoló di Conti, que brinda detalladas noticias sobre las tierras del Preste Juan. El pasaje constituye un excelente ejemplo en el que un informante concreto –Nicoló di Conti– ofrece datos sobre el mundo en discurso directo, en discurso indirecto y como respuesta a las preguntas de Tafur.

Veamos cómo se integra la voz de di Conti. Recordemos que durante su estancia en el Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, Tafur expresa el deseo de proseguir su ruta hasta la India a di Conti, veneciano que había pasado la mayor parte de su vida en Oriente. Éste intenta disuadir a nuestro viajero de emprender tan peligroso viaje. Su relato[207] empieza en estilo directo: cuenta el veneciano las razones que le llevaron a la India del Preste Juan y su vida en aquellas tierras. Con un objetivo claramente disuasivo, di Conti advierte a Tafur de las dificultades del camino hasta la India, describe los pueblos que habitan las regiones que habrá que atravesar, alude a las dificultades que suponen el cambio de clima y de alimentación, y pinta la casi animalidad de las gentes a las que tendrá que enfrentarse el viajero. Este relato de primera mano de las experiencias y avatares de di Conti simula la fiel reproducción de las palabras del locutor. La fuerza de la cita abierta permite que su narración se introduzca en el texto-marco con un estatuto de veracidad indiscutible y que se asiente así la autoridad de su voz.

Disuadido de proseguir su viaje hacia tierras más orientales, Tafur regresa a El Cairo acompañado del veneciano y, durante el trayecto,

---

[207] No es éste el lugar para exponer las discusiones sobre la autenticidad de este encuentro y sobre si Tafur transcribió literalmente o no lo que di Conti le contara. Lo que nos interesa aquí es observar cómo, una vez más, las puertas de la India se abren a los receptores del relato de Tafur y qué se transmite sobre esas tierras.

éste le informa sobre la India[208]. Aquí di Conti empieza respondiendo a las preguntas de Tafur sobre el reino del Preste Juan:

> *E preguntándole del Preste Juan é de su poder, dize* como era muy grande señor, é que tenía veynte é çinco reyes á su serviçio, pero estos non eran grandes onbres, é áun muchas gentes, de aquellos que non hay ley ninguna é siguen el rito gentílico, le obedesçen. (AV: 99)

Expone cómo se elige al sucesor del monarca-sacerdote; prosigue con datos sobre frutos, animales y seres humanos fabulosos así como sobre hábitos extraños –antropofagia y consumo de carne cruda– que se asimilan a la animalidad; refiere también la expedición organizada por el Preste Juan para descubrir las fuentes del Nilo; describe la costumbre del *sutee* – la cremación ritual de las esposas a la muerte de su cónyuge– y enumera los objetos de precio que trae de la India, piedras preciosas entre otros. Si bien las palabras de Nicoló responden, en un primer momento, a las preguntas de Tafur, poco a poco el discurso se va independizando y aparece como un discurso indirecto libre, que alberga toda clase de noticias de interés sobre este espacio lejano.

Tafur interroga también a di Conti sobre la existencia de monstruos humanos en la India y –reflejando la imagen que posee de esta tierra–, le proporciona los ejemplos que pueblan los textos y relatos tanto de la Antigüedad como los de la Edad Media: le pregunta si ha visto hombres con un solo pie o un solo ojo, o tan pequeños como un codo o tan altos como una lanza. A pesar de que di Conti asegura no haber visto nada de eso, Tafur consigue así introducir y mencionar una serie de elementos que constituyen ingredientes tradicionales en los relatos de viajes[209]. Di Conti afirma, en cambio, haber contem-

---

[208] Como señala Rubio Tovar (1986: 92), «el viajero que cuenta a otro viajero en un trayecto común su historia es un procedimiento narrativo utilizado en la cuentística árabe».

[209] La respuesta negativa de Nicoló di Conti acerca de las razas monstruosas que pueblan tierras orientales –«dize que non sintió nada de todas estas cosas» (AV: 106)– nos recuerda que también Colón confesaba varios decenios más tarde en una carta: «[e]n estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos» (Colón 1982: 144).

plado animales extraordinarios: un elefante blanco, un asno multicolor o unicornios. Y despliega explicaciones suplementarias sobre, por ejemplo, el cristianismo practicado en tierras indias, la veneración y el respeto del que es objeto el preste, las prácticas de magia, las embarcaciones en el Océano Índico, la ciudad de la Meca, la curiosidad del Preste Juan por las tierras occidentales, la tumba de Santo Tomás, la leyenda del milagro del santo en el Nilo, terminando con una referencia a las razas en la India. El relato del veneciano constituye, pues, una aportación fundamental de noticias geográficas sobre la India al texto de Tafur.

9.2.3. Viajero-relator como evaluador de las voces del discurso

A pesar del gran número de voces a las que se da cabida en el discurso de nuestros viajeros, éstos no dejan de evaluarlas, de manera más o menos explícita. A veces, la voz anónima se utiliza para refrendar las afirmaciones de los viajeros:

> é de aquí otro día entré en Milán, grandíssimo pueblo, uno de los mayores logares de la xpiandat, *é áun es opinión de muchos que es el mayor,* (AV: 227)

> é estava tan bien acompañado qual yo nunca vi otro, porque allí tenía consigo todo su exérçito, el qual *aunque paresca que yo digo mucho, refiérome á aquellos que me lo dixeron,* que tenía seysçientos mil de á cavallo; é á buena fé, *yo me temo mucho de dezir tanto como me dixeron*, pero non ay peon en toda la tierra, é todos andan á cavallo, é muy menudos é flacos cavallos. (AV: 153)

En otras ocasiones –la mayoría–, el *dize-dizen* pone en duda los datos integrados mediante este procedimiento. Por último, sucede también que, pura y simplemente, el relator niega la información que le llega por este canal. Reflejar una opinión divergente de la de sus informantes refuerza la apariencia de objetividad del discurso, relativizando la voz del otro y valorizando la del relator, que se yergue así como detentor de la verdad. En la *Embajada*, la India del Preste Juan aparece en el texto gracias al encuentro con uno de los nietos de Tamorlán que:

> *dezían* que se llamava Señor de la India Menor, e *no dezían verdad*, ca el que agora es rey e señor natural de la India es cristiano e a nombre N., según a los dichos embaxadores fue contado. (ET: 287)

El relator niega la validez de lo oído –«no dezían verdad»– y lo corrige. Sin embargo, la «verdad» resulta ser que «*el que agora es rey e señor natural de la India es cristiano e a nombre N.*». Los embajadores se convierten, pues, en portavoces de retazos de la leyenda del Preste Juan de las Indias y los introducen con autoridad, aunque de nuevo puedan matizar sus palabras al final de la secuencia mediante el recurso a lo oído: «según a los dichos embaxadores *fue contado*».

9.2.4. Balance

Si a lo largo de este estudio se ha manifestado –como característica de nuestros textos– la tensión entre la voluntad de contar lo que es el mundo (generalización) y la voluntad de contar lo que se ha visto del mundo (particularización), vemos que el recurso al *dize-n* –con un sujeto anónimo o no– figura entre los medios de los que echa mano el relator para generalizar, recogiendo noticias sobre espacios no recorridos y experiencias no vividas o para dar albergue a la materia tradicional y a las maravillas.

10. Describir el mundo: conclusiones

En esta parte de nuestro trabajo, hemos analizado los recursos discursivos de los que se valen los relatores para transmitir la importante masa de información geográfica recabada en sus periplos, teniendo en cuenta:

1. cómo organizan la información;
2. cómo acercan el mundo extraño al público receptor;
3. cómo manifiestan el valor testimonial de sus textos.

Los capítulos 5, 6 y 7 han abordado el problema al que se enfrentan los viajeros-relatores para organizar su materia. En el primero de ellos («Articular espacio y tiempo»), hemos analizado la macroestructura de nuestros relatos, basada en un eje espacio-temporal (itine-